



# LA ÉPOCA

## DEL DOMINGO



### Los autores que no logran estrenar

...Pues sí, señor. Existen autores que no logran estrenar. Confesemos que nuestro optimismo nos mantiene en una falsa visión de las cosas. Veníamos creyendo que en el teatro, como en cualquier otra zona de actividad, el que tiene una onza de cambio, porque el valor auténtico no puede permanecer ajeno al comercio de los hombres. Pero hay quienes se pasan de listos, rechazando monedas de curso legítimo, cuando la falsa es la que circula sin trabas por esos mundos de Dios y de Talía. Tres o cuatro años de experiencia a este respecto nos han enseñado que en el bolsillo de algunos autores noveles se guardan onzas lúcidas, eternamente deseadas.

La rutina es numen familiar de muchos. De ninguno tanto como del empresario. El empresario rehuye cuanto puede al autor novel, por temor a que éste le descubra un camino nuevo. Nada de aventuras... parece decir, cerrando los ojos y extendiendo los brazos en ademán condecoratorio hacia el fantasma de alguna tentación noble. Cuando precisamente la aventura es tantas veces generosa parteadora del arte.

—No sé qué hacer—hemos oído decir a cierto empresario escasamente afortunado—. ¿Se me puede exigir más de lo que hago: pedir obras a los autores de más renombre...?

Precisamente de eso se trata, o se debe tratar. De abrir la puerta a un mañana que podrá no ser mejor, pero que llegará de cierto, y al que es menester preparar al acecho. Buenos o malos, nuestros dramaturgos actuales—de todo hay, naturalmente, en la vida del Señor—no pueden bastar para mantener viva nuestra escena y poblarla de creaciones que resistan, en todos los supuestos, el ir y venir de los gustos. Más aún cabe decir: entre el señor A, el señor B, el señor C, y la señora D, nuestros caracteres languidecen y aun sufren asfixia. Hay que ir contra el estanco de la literatura dramática. Al calor de la libre concurrencia que deben facilitar los empresarios, quizás sean capaces de dar algo de sí valeroso el señor Z, el señor X, o la señora V. Los últimos pueden ser los primeros. Y si no lo son, que no sea por falta de examen ni de ocasión de prueba.

Cuidado con extremar esta doctrina de los autores noveles. Los consagrados no nacieron así, y al conseguir romper el hielo y librarse del anonimato, expectante acreditaron, sin duda, tal suma de cualidades que en ellas está la razón del triunfo. Pero, ¿qué angustiosamente lo han conquistado a veces! ¡Con cuánto dolor, a costa de cuánto porfiado esfuerzo! No todos los principiantes reúnen con la aptitud literaria una buena disposición para la lucha con la vida. A unos les sobra alivio. A otros les falta sentido de la realidad. Este es vehementemente y se cansa pronto de hacer antenas. Aquél es de sensibilidad exquisita y se siente lastimado con el trato de ciertos homocúneos... El que lucha vence. Pero, ¿y el que no sabe luchar? Por eso no es raro ver al hombre de mérito preterido: al escritor inédito, al comediógrafo eternamente novel. Novel siempre, mientras el manuscrito envejece, abandonado.

Si el viejo escritor don Luis Ruiz Contreras —valga este ejemplo por muchos—hubiese contado al frente de sus dos piezas teatrales hoy impresas, el pormenor de sus gestiones con empresarios y directores artísticos para ver de dar a aquellas vida escénica, contaríamos con un buen cuadro de costumbres literarias. De malas costumbres, naturalmente. Comprensión tardía o nula, tacto de codos, clientelas, miedo a las rutinas menos frecuentadas, errónea apreciación del gusto público...

En un tomito de sabrosa lectura don Luis Ruiz Contreras ha reunido «Una obra y un boceto». Así se llama el libro. La obra, «Los padres y los hijos». El boceto, «La miseria». Ni éste ni aquella conocieron a su tiempo la luz de las cantileñas. Hoy forzadamente han de resultar un tanto anticuadas. Comunican una impresión muy parecida a la que nos da cualquiera de esas viejas fotografías que representan damas de capotita y mangas de jamón. Nada tan sometido a la ley de la moda—si es ley el capricho—como los atavíos exteriores. El indumento pasa. El desnudo permanece. Análogamente podemos afirmar que la veste literaria es ajá, pero que la pasión humana no pierde fuerza operante. Y esto salva por entero a «Los padres y los hijos». Hay ciertamente en esta obra algo que trasciende de época pasada. Quizá radique en la calidad del lenguaje; tal vez en ese aire «muy fin de siglo», de teatro de ideas, que respiran los personajes de Ruiz Contreras.

La índole misma del tema—antagonismo entre el padre del espíritu y el padre de la carne—comunica a la acción y a los caracteres una temperatura muy humana, indicio seguro de un organismo dramático expertamente montado. La fábula se deja conducir en línea recta, con sequedad que no es pobreza de concepción, sino natural requisito de eficacia. El efecto, pues, se logra de modo directo y suficiente. Facilita este resultado una circunstancia que el autor ha sabido atender: la humanidad de los caracteres. Los caracteres viven en «Los padres y los hijos» y viven por sí. Sus acciones y reacciones, en consecuencia, quedan automáticamente justificadas. Nosotros destacaríamos a Guillermo, hombre de verdad, piedra de toque que a lo último se inflama en una violenta llamarada de celos, por cuya virtud se desencadena la tragedia, sorprendente y prevista a la vez.

Variación sobre el tema de la paternidad es «La miseria», boceto que interesa, pero que a

nuestro juicio se ofrece mucho menos cargado de fluido dramático y de energía teatral.

Es decir: que don Luis Ruiz Contreras, el traductor irreprochable de Anatole France, el fundador de la «Revista Nueva»—cuna de la generación del 98—, el crítico de avisada inteligencia que por haber jugado a los seudónimos no halla sitio claro en la nómina de nuestras letras, pudo ser un excelente dramaturgo, según lo prometían estas obras de juventud que da a luz treinta años más tarde, «a las puertas de la doliente ancianidad», como dice melancólicamente en un sugestivo prólogo. ¿Qué lacción más viva, más elocuente...! De seguro no servirá para mucho. Otros jóvenes, cargados asimismo de ilusiones irán pasando por los despachos de los teatros, cuartillas al brazo, ilusiones sobre la frente... De alguna exquisita comedia, de algún patético drama en verso—en verso tocado de poesía—sabemos nosotros que duermen en vano el sueño del pretendiente. Podríamos hacer la relación de los escritores de mérito que hoy forman a la puerta de los teatros en solicitud de atención y estímulo. Solamente hemos citado el caso de Ruiz Contreras, por haber adquirido estado público su recurso de revisión. Todavía sería explicable la postergación de muchos si, atravesada nuestra literatura dramática un período de esplendor, no hubiera sitio para todos. Pero nadie ignora que rodamos cuesta abajo. ¿Dónde, si no entre los nuevos, hemos de buscar la mano fuerte que detenga tan evidente decadencia...?

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

UN LIBRO DE ALVARO ALCALA GALIANO

### «Fuego y cenizas»

A Alvaro Alcalá Galiano, marqués de Castel Bravo, se le conoce en su aspecto literario principalmente como cronista. Son de admirar en él lo acertado de las observaciones, el buen gusto, la donosura en el comentario, la elegancia del estilo, las dotes felicisimas para la sátira, el buen sentido y el buen juicio, el don de hacerse cargo y el temperamento clásico y latino que no excluye amplitud de criterio. En sus crónicas de Madrid y de Buenos Aires, Alcalá Galiano va señalando y fortificando con sus facultades de observador aquellas facetas que nos ofrecen en el correr de la vida actual los hombres, las ideas las clases sociales, hasta las manías y ridiculezas en que suelen caer los diversos personajes y personajes de la comedia del mundo. Alvaro Alcalá Galiano logra con su estilo impresionarnos como algunos manuscritos de Barbey d'Aurevilly con sus tintas multicolores. Dentro del campo de la observación, este ameno cronista resulta un «animateur» que sabe comunicar al lector sus simpatías y sus prevenciones, sus juicios sobre personas y cosas, siempre contrastados por el más exquisito «savoir faire».

¿Cómo se verifica la transposición de Alcalá Galiano del género crónico al género novela? ¿Bajo qué condiciones y con qué consecuencias el ensayista se convierte en novelador? Pues de la manera más lógica y natural, sin perder ninguna de las cualidades señaladas y sin ocultar tampoco sus buenas prendas de narrador bajo una acción novelesca demasiado tupida o detrás de personajes demasiado absorbentes.

El buen gusto cuando lleva por regla el clasicismo—quizá lo contrario no sea buen gusto—consiste en afinar las impresiones y las ideas, y como afinar es reducir a su justa medida la que aparece en el mundo exterior complicado, grueso, mezclado con elementos accidentales y secundarios, no siempre de la mejor cepa, cuanto más depurado es el gusto del escritor, más se descubre él en su relato novelesco merced a la labor de poda que la delicadeza de su espíritu le exige. Los escritores sutiles, refinados, que entran de lleno en la categoría de «artistas literarios», tan estupidamente estudiada por Maurice Spronck, no suelen ser novelistas objetivos. No lo es Merimé, ni tampoco don Juan Valera. No lograron serlo por su parte los cronistas que sazonan sus escritos con perfumes del alma y dan valor a las observaciones con exquisitos o fosforescencias que provienen de lo íntimo del ser. Yo no comprendo en Drumont, en Rochefort, en León Daudet, en Oscar Wilde, en Gómez Carrillo, en el mismo Clemenceau, una objetividad perfecta a lo Balzac, a lo Zola si se quiere. La seriedad clásica no es el sacrificio de la persona al objeto, a la naturaleza, a la realidad exterior separada de nuestras facultades inteligibles y sensibles. Es, por el contrario, equilibrio antropocéntrico, subordinación de lo particular a lo general, de lo vario a lo uno, de lo complicado a lo sencillo, de lo accesorio a lo esencial. No hay literatura ni arte clásico que no reduzcan todos sus elementos a la «idea» platónica y al principio de identidad aristotélico que sirve de base a la metafísica de Santo Tomás y los escolásticos, y sin el cual yo no veo forma de discurrir racionalmente. El hombre de buen gusto ordena su fantasía creadora a un canon estético, al que además va ajustando sus pensamientos, sus acciones, su vida entera. La costumbre nos hace identificar aquel hombre con el canon a que identifica sus ideales. Entonces decimos que tiene un buen gusto. Su producción artística o literaria le denunciará siempre, si no como persona determinada, como naturaleza selecta, como espíritu escogido, como flor exquisita. Los novelistas perfectamente objetivos por mucho que sea su valor y por muy alto que suban en la escala de los géneros, no suelen tener buen gusto en épocas como la moderna en que se ha perdido la tradición de las humanidades clásicas y no se transmiten las generaciones la antorcha de Grecia y Roma que santificó el cristianismo.

De manera que fruto de su buen gusto, Alvaro Alcalá Galiano se presenta en este su libro de novelas cortas, o de cuentos largos—que tal vez sea mejor calificativo—como un narrador, como un conversador, como un cronista en la más amplia acepción del vocablo, que pone su facundia y su talento en las escenas sociales objeto o materia de sus cuatro relatos.

Bajo el título de «Fuego y cenizas» se agrupan en el volumen cuatro novelitas deliciosas: «El drama del mármol», «La gloria», «El sueño de una noche de otoño» y «Náufragos».

En la primera, el poema de la obediencia tras la pasión. Nos hallamos ante un decurso de comedia de sociedad. Aristócratas, artistas en boga, críticos y literatos favorecidos del gran

mundo, bailarines rusos, diplomáticos, tipos del París cosmopolita; esos son los personajes. En realidad ninguno de ellos vale gran cosa si exceptuamos a Victoria, marquesa de Valmonte, uno de los más admirables ejemplos de mujer enamorada que los novelistas del día nos ofrecen. Es lástima que el autor deje el tipo abocetado. Un estudio psicológico de Victoria Valmonte, al modo de Bourget o de Proust sería un verdadero regalo del espíritu. Victoria es una de esas mujeres que llevan en equilibrio la belleza del cuerpo con la belleza del alma. Su amor es legítimo y procede de lo alto; no se limita, como la mayoría de los amores culpables, a una concupiscencia, a la satisfacción de una vanidad, a un contrato vergonzoso de compra-venta o de alquiler o simplemente a un pecado vulgar. Victoria Valmonte padece aquella «enfermedad o dolencia» a que alude don Juan Valera al contestar en la Academia Española a Menéndez y Pelayo, cuando discurre sobre los grados del amor místico y escribe: «De todos modos, aun para llegar al más ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndose de las expresiones figuradas de que los místicos se valen, a besar, como la Magdalena, los pies de su Redentor divino, el alma tiene que hacer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla y aun antes de extraviarla causarle una enfermedad o dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la tierra y el cielo; desdena ya las cosas terrenales que le dan fastidio y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en ella el alma puede fijarse en algún ser creado y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. No es floja desgracia que ese ser creado se parezca al escultor Alejandro Salas que el novelista de «Fuego y cenizas» nos pinta de mano maestra como un hombre extremadamente vanidoso y de alma vulgarísima en aquellos instantes en que no se halla abrasada por la lumbre de la inspiración y se ha borrado ya de su frente el beso de la eternal belleza.

Por qué Alvaro Alcalá Galiano no dedica más atención a la Valmonte y menos a todos los demás muñecos de carne que en su relato aparecen? Por la sencilla razón de que estas cuatro novelas cortas tienen carácter visual y no psicológico. Su centro, su médula, el sístole y diástole que les da ritmo, radican en la evidencia tomada esta vez en su sentido recto y material. Son como manchas, como bocetos, como esbozos de cosas que el autor no cree deber tener más desarrollo, y por eso no refuerza los sonidos, no quiere dar paso a lo que su buen gusto estima de mejor tomo alado, sutil, momentáneo. «Glasnez, n'apuyez pas», parece haberle servido de lema. De estos modos es siempre un lema de buen gusto. «La gloria» es un cuento—escenas vistas con telescopio—sobre el asesinato de Canalejas. «El sueño de una noche de otoño» grabada en un salón parisense del siglo XVIII. En «Náufragos» nos encontramos con la fatalidad griega—la «moira» de Homero y el «ananké» de los griegos—vestida de etiqueta con traje del día y paseándose por la Costa Azul.

«Fuego y cenizas» es la obra de un artista de talento que ve, observa, comenta y juzga conforme a la razón y al buen sentido. Pero el autor queda obligado a una cosa: a replicar a Victoria Valmonte que escriba sus Memorias sin que nos oculte ningún repliegue de su alma escogida. Es necesario demostrar que también en España hay mujeres grandes por el amor, y la marquesa de Valmonte no les va en zaga a la Lespinasse, la Krudner y la Beaumont.

LUIS ARAUJO-COSTA

### SANTA TERESA (1)

Cesa la voz de la Santa. Su vida tuvo en la muerte su premio mejor. Y su alma ardiente, por Dios elegida, subió a los Cielos, de gozo traspasada, en un divino transporte de amor!

«Santa Teresa! La niña vehemente que, en un afán de lecturas febril, pobló de seres heroicos su mente y hasta soñó que al infiel de Occidente iba a vencer con su adarga infantil...!

«Virgen ilusaj! Qué vivo su anhelo por depurar su conducta después! Y al encontrar en la fe su consuelo, quiso vivir en la ley del Carmelo, ¡quiso morir de Jesús a los pies!

«Alma vidente! No fué sosegada sino al quedar en constante oración. Y en esta unión, de deliquios colmada, ella ofrecía al Señor, extasiada, ¡todo el tesoro de su corazón!

«Temple de acero! Sonada la hora en que cumplir su misión terrenal, fué, bravamente, la reformadora que en ruda lucha, para ella traidora, fortaleció la virtud monacal.

«Sabia doctora! Con rara llaneza fundamentales problemas trató. Y, enamorada de toda belleza, ¡cuánta poesía, qué delicadeza en expansiones sin fin nos legó!

«Santa Teresa, Patrona de España! ¡Santa española de vida ejemplar! ¡Vida de amor! ¡Sacratísima hazaña que un triste día cortó la guadaña que nuestras vidas habrá de segar!

Y cuando el cuerpo quedó en sepultura bajo la guarda del sol español, su alma, ya libre de humana envoltura, fué toda luz, ¡que ascendió hasta la altura como llevada en un rayo de sol!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

(1) Poesía leída por el autor en la velada literario-musical que se celebró el lunes en el convento de Padres Carmelitas, y de que oportunamente dimos cuenta.

### La moda de las faldas cortas

Hace unos días me hallaba conversando con unas damas, cuando accidentalmente surgió el tema consabido de las faldas cortas. Mis asertos sobre este particular sorprendieron tanto a mi auditorio femenino, que me rogaron que les hiciera mis apreciaciones, por estimarlas de valor. Cada mi calidad poco sospechosa en lides de esta índole.

Uno de los pocos argumentos que se utilizan en pro de las faldas cortas es el de que son prácticas, pues el de su mayor higiene es a todas luces incierto; lo mismo se evita enlodar la falda o recoger el polvo llevándola a diez centímetros por encima del suelo, que no a un metro, como se está ahora.

Aparte de esto, en España no tiene finalidad alguna la disculpa lo sucedido; las mujeres no entran ni salen tanto como las neoyorquinas, ni tienen sus mismos hábitos y costumbres, diríase, además, la mentalidad e intención de los hombres que las rodean.

La contextura moral del hombre será todo lo absurda que se quiera, pero es indudable que todo aquello que vemos mucho hacer o gustar menos.

Pues bien, esa exhibición permanente de pantorrillas, que es para desilusionar y más aun siendo la mayoría de ellas, por desgracia, antiestéticas, horripilantes? Lo mismo sucede con esos escotes hasta la cintura y casi a «pecho descubiertos». En general, ¿si no son todas estas gracias lo armoniosas que nos figuráramos, qué necesidad hay de restarnos ilusiones?

Todo cuanto el hombre se imagina de la mujer vestida se suele sobreponer a la realidad. El hombre parece poco hábil en ellas, puesto que no figura lo hacen por coquetería y por agrandar a los hombres, el que se desvaloren voluntariamente ante ellos.

Dado el carácter español, aquellas que llevan faldas cortas y escotes hasta la cintura son, por lo general, mendicantes de un cortajador. El verlas produce pena. Esas pobres van pregonando bien a las claras que no tienen marido, un padre, un novio o un amigo a quien les importen un comino. El sentimiento de la propiedad es quizás el más arraigado en el hombre, sobre todo tratándose de la mujer. Pues bien, ¿no reparte, no subdivide el hombre la posesión de su mujer con los infinitos otros que participan de sus supuestos o verdaderos encantos?

El hombre que casó hace una decena de años, cuando las faldas se estilaban largas y los cuellos apretaban las finas gargantas de las esposas, ¿se sentirá justamente defraudado si él, que se inclinó al matrimonio quizá por poseer y descubrir todas aquellas gracias misteriosas, ahora resulta que ha de compartirlas con todo el que no sea corto de vista...? ¿No sentirá rubor en sus mejillas al recordar el excesivo placer que le producía la contemplación de aquellas maravillas, cuando ahora las podía haber visto de «mirón» o como simple espectador, sin tener que compartir con la «pródiga exhibicionista» sus otras gracias domésticas, de seguro menos atractivas y sugestivas que las anteriores?

Para desquitar o igualar un poco la suerte del marido debería su mujer mostrar al público esta u otra clase de encantos femeniles...

Antaño, mediante el pago de una peseta, se podía admirar desde la butaca de un «cine» o teatro cualquiera a la fulana tal que salía a escena, por supuesto algo más recatada que alguna de las señoras de hoy, cuando hacen un suplicio cuando por ignorar o aventajar a una célebre cortisana parisina.

Hay que elegir entre una cosa u otra. O quieren igualarse a aquellas, y entonces deben de cambiar el trato de sus amistades y su forma de vida, o quédense donde estaban.

Por lo menos, mientras se hallen en el extranjero vistán así, puesto que ya sabemos que más allá de las fronteras muchas damas que aquí presumen de timoratas, allí, como vulgarmente se dice, «se sueltan el pelo». Pero al pasar la frontera hacia acá deseen un estroñico a las faldas. Porque, desde luego, aunque no tenga importancia lo que ellas hagan por desgracia, el don imitativo es la cualidad más desarrollada que posee la mujer, y tratándose de trajes todo cuanto se diga es poco.

Por eso, para evitar que las burguesitas o «amenas elegantes» se contagien, es por lo que esas señoras deben de estar para abajo sus faldas, ya que esas imitadoras no tienen como ellas una línea fronteriza para alternar sus costumbres y moral.

Nada más desagradable y ridículo que ver a una muchacha con las faldas por las rodillas seguida por su «carabina». «O afuera la «carabina» o abajo las faldas». Pero las dos cosas juntas tienen todos los inconvenientes y ninguna ventaja. Y es que creen algunas de las pobrecitas y alguna señora «elegant» que sin o hacen eso quedarán arrinconadas y no gustarán a los hombres.

Desde luego para buscar marido el sistema es completamente equivocado. Una de las razones de la escasez de este artículo es esto mismo.

El hombre español, claro que no hablo de los «civilisés», buscan para el matrimonio las muchachitas que menos bullen. Las que puedan inspirarles mayores probabilidades de que su hogar no sea un tinglado de «charleston», ni una agencia de «pickicks».

Desearé precisamente encontrar para sí lo opuesto que buscan o les agrada para un rato de placer. Aspiran a cobijarse en unos brazos de mujer honrada, de esa mujer que tanto idealizan en su obligada abstinencia de todos esos puros sentimientos que envuelven la figura femenina en un manto de armijo de belleza inmarcescible.

Claro que también se casan las frívolas, las «danzadas» y que se quedan solteras algunas sumisas y recatadas. Pero es indudable que el hombre en el matrimonio desea conservar la iniciativa de ser él quien alargue o encoja la dimensión de las faldas de su mujer.

Es incomprendible que porque en París unas damas de dudosa reputación lancen al mercado mundial, por mediación de sus modistos, a los que probablemente no pagan, unas modas que favorecen sus encantos femeniles y sus torcidas maquinaciones, las damas de aquí de excelente reputación se apresuren a imitar estas modas que van bien en aquellas y en su género de vida, pero que son incongruentes e innecesarias en ellas.

El don imitativo de nuestras elegantes, repelimos, adquiere proporciones inauditas. Sin saber qué imitan, imitan a ciegas, y ello produce a veces resultados bien distintos y jocosos.

Nada de lo que no es natural puede resultar bien. En Francia, en los Estados Unidos, la libertad de la mujer, sus costumbres y hábitos y la mentalidad de los hombres, se halla en consonancia con todo lo que hacen, dicen y visten. Aquí no.

Y es grotesco, risible y lo será siempre que compren libros los que no sepan leer, y se envalentenen de asistir a conferencias científicas quienes sean sordos y que presuman de castizos los que usan papel de seda para estrechar la mano al prójimo insignificante.

Debido a este proceder de la mujer, los hombres en su trato social con ella extreman su carencia de respeto y cortesía. Sin embargo esta actitud lógica disgusta a muchas de ellas, cosa que a todas luces resulta incoherente.

Y ahora, para terminar estos renglones, añadiré que no conozco a ningún hombre europeo o americano a quien le guste la tal moda de las faldas cortas, y que más bellas lectoras no sean en esta crítica sino un afán de que resulten aún más atractivos e irresistibles...

ENRIQUE MENESES

DIVULGACIONES ARTISTICAS

### PALOS

Antaño populosa y floreciente, la villa de Palos se halla hoy en ahumadora decadencia. Sublimada por el recuerdo de Colón, todas las bellas y vívidas, limitadas por extensas marismas, quedan eclipsadas al evocar la figura del gran almirante.

Erguida sobre suave colina se dibuja la silueta afirosa de la torre a cuyas plantas se agrupa el humilde caserío; es nido de las lenguas de bronza que ha poco tuvieron júbilosos al emprenderlo, y nuevamente avistáronse la proeza de su vuelo en su triunfal regreso a la madre patria. El templo tiene un ébido labrado en ladrillo, que recuerda su origen ojalá. Sus dos portadas abren en los costados del crucero. Nos detenemos ante la puerta cerrada y en vano intentamos avisar al sacristán. La Provedencia nos depara al maestro don E. Vicente Roldero, que solícito se brinda a servirnos de guía, ilustrándonos con su cultura.

La portada está labrada en sillera enjalbegada; sencillos juyquillos orlan su archivolta; en la immaculada nitidez de sus muros dos inscripciones enaltecen las glorias del físico Garcé Pérez y de fray Juan Pérez, guardián de la Rábida.

Trasponemos el sagrado recinto y contemplamos las tres naves que lo forman, cubiertas por bello artesanado de alfarje. Sobre unas gradas asientase el altar delicadamente dorado, en el que se venera la equestre efigie del flutur, San Jorge. Es labor del siglo XVII, de traza tan elegante como sencilla.

Empotrados en los machones, sobre los cuales voltea el arco de medio punto que da acceso a las capillas, la vista se recrea en dos preciosos cuadros de azulejos sobre fondo amarillo que reproducen las efigies de San Cerejal y San Jutellu, mártires que ostentan atributos de su trágica muerte. En sus manos muestran las hojas de un folio, con escrituras en dialecto italiano y la firma del autor, Ríos, que ha ejecutado en el siglo XVII. Son dos hermosos ejemplares cerámicos. Adosado a uno de los muros se ve un retablo de madera; los reales blasones que ostenta testimonian que fué dádiva de los Duques de Montpensier al convento de la Rábida.

En el lado del Evangelio se abre una capillita, en la que se venera la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, la tutelar del convento de la Rábida, que aseguran fué esculpida por el evangelista San Lucas, que fué patrimonio de los apóstoles y más tarde dada a San Macario, que la trajo a España. Se la rindió culto en la Rábida hasta la invasión de nuestra patria por los sarracenos, época en la que para preservarla de profanaciones los sacerdotes la escondieron en la profundidad del mar.

Setecientos cincuenta y tres años después, el 7 de diciembre de 1472, víspera de la Immaculada Concepción, los pescadores obstinábanse en no santificar un domingo, fray Juan Bautista Pedrosillo se oponía a que trabajasen, y sólo les autorizó a que pescasen lo necesario para su sustento y el de la comunidad. En el lugar conocido con el nombre de Morla calaron un lance y con profunda sorpresa pescaron la divina imagen, faltando a la escultura medio cuerpo del Niño Jesús, que sustenta en su regazo. Tornaron a calar lance y flotó el medio cuerpo del Niño Jesús, que fray Juan Pedrosillo se apresuró a pegar, y por obra celestial quedó unido tan firmemente cual si nunca hubiera estado separado. El celestial tesoro era codiciado por Huelva y Palos. Fray Juan Pedrosillo hizo colocar la Virgen en un leño, armado con una vela, el cual se acercó al embarcadero de la Rábida, patentizando así la voluntad de la Reina de los Cielos de morar en compañía de los hijos de San Francisco.

La Virgen es de escasa altura, labrada en alabastro, débilmente encarnada. Su rostro es un poema de amor y ternura. A sus divinas plantas oró Colón y ha poco nuestros aviadores, a los que un franciscano confortó con el augusto sacramento de la Eucaristía. Parece ser talla de fines del siglo XIII o comienzos del XIV, y la afean grandemente las faldas con que la atavió funesta moda.

Junto a un pilar del templo vérguese el lindo púlpito de hierro, labor del siglo XVII, que sustituyó al primitivo, en el que resonó el pregón de los Reyes Católicos, invitando a los moradores de Palos a alistarse en la tripulación de las carabelas de Colón. Presa de honda emoción escucharía ansioso el almirante la voz del pregón; interrogando los semblantes curtidros de aquellos esforzados hijos del mar. Desconocemos que pilar o que sillar ocuparía Colón en aquellos instantes supremos, en los que la fe encendió en su corazón la confianza de su quimera, cristalizada a poco en portentosa realidad.

La iglesia de Palos fué opulenta. Capellanes piéngümente retribuidos y donaciones importantes contribuían al esplendor del culto. Entre las joyas descolaba la imagen de San Jorge, de plata. El arzobispo de Sevilla repartió las alhajas entre otros templos, y se asegura que el bello terno verde que poseía la catedral patriarcal procedía de Palos.

Añaja consaja dice que los novios entraban por la primera portada, y ya casados abandonaban el templo por la opuesta, que conserva esta denominación. La portada es un regalo de los ojos, por la belleza de sus agramilados pilares, con hiladas rojas y amarillas, que forman un precioso mosaico, ejecutado con la peregrina maestría de los alarifes del siglo XV. Las enjutas están exornadas de labores mudéjares, y todos los elementos que la forman son un decurso de primor.

Las ruinas de un castillo, que fué propiedad de los condes de Miranda, señores de este lugar, álzase cerca del pueblo, festoneadas de jarraños. Desde la portada dominase el paisaje, con las extensas marismas siglos ha navegables, y allí nos muestra el maestro el lugar histórico hoy impracticable, desde el cual Colón lanzó a su empresa. Un poco más alejado, un templete de ladrillo, cubierto con bóveda, cobija la fuente en que hizo su aguada la tripulación de Colón. Ni una lápida, ni una columna recuerda el glorioso fasto que conquistó a la fe y a la civilización un nuevo mundo.

ANTONIO WEYLER

La Dirección no responde de publicar más originales que los solicitados.

Los que llegaron a nuestras manos sin consentimiento de su procedencia quedarán inéditos.

Dejamos a los firmantes la responsabilidad de las ideas expuestas en sus artículos.